

Reflexiones en torno al Bicentenario

Eduardo Aguilar Chfú

Resumen

Al conmemorarse 200 años del inicio del movimiento de Independencia, es momento propicio para reflexionar sobre los orígenes e identidad de la nación mexicana como una cultura mestiza, universal y su paulatina maduración que culminó en una toma de conciencia nacional y su lucha por obtener la Independencia. Camino que fue azaroso y costoso, pero que finalmente culminó de manera exitosa, debiendo guardarse un pensamiento de gratitud a la infinidad de héroes, hombres y mujeres, que la hicieron posible.

Palabras clave: bicentenario; independencia; México; historia; identidad; Miguel Hidalgo.

Introducción

El presente año de 2010 ha sido declarado, por decretos del gobierno federal, como “Año de la Patria”, en razón de ser el “Bicentenario del inicio de la Independencia y el Centenario del inicio de la Revolución”,¹ más allá de la añeja polémica inicio-consumación, ya que es obvio que 1810 y 1821 se implican recíprocamente, y que los sucesos ocurridos en el pueblo de Dolores la madrugada del 16 de septiembre de 1810 arraigaron profundamente en la conciencia nacional. Su recuerdo debe ser motivo de celebración, pero también de reflexión.

Hace justo un siglo entero, la nación mexicana celebró con gran fastuosidad el Centenario de nuestra Independencia. Durante todo el mes de septiembre se sucedieron interminables festejos, veladas, desfiles, conciertos y discursos. El vetusto régimen porfirista no desdeñó la oportunidad de unir las fiestas patrias al enaltecimiento del caudillo con una serie pasmosa de obras inauguradas, entre las que destacó solemnemente, la Columna de la Independencia en el Paseo de la Reforma.

Cumplido un Centenario más, podemos apreciar cómo se han hecho realidad las dos aspiraciones plasmadas en dicho monumento: la Independencia, simbolizada por las figuras de los principales líderes insurgentes, y la paz, simbolizada por el arcángel divino que, como dice nuestro Himno Nacional, ciñe a la Patria con ramas de olivo. Más allá de las diversas críticas que puedan formularse es válido celebrar como país. Es evidente que no todos los días se cumplen cien años y la próxima vez que los mexicanos festejemos un centenario más será hasta el año 2110, con la presencia de nuestros bisnietos.

Correo electrónico: sg_eac@pa.gob.mx.

¹ Decretos presidenciales del 14 de junio de 2006 y 1 de marzo de 2010, publicados en el *Diario Oficial de la Federación* los días 16 de junio de 2006 y 3 de marzo de 2010.

Así pues, no dejemos pasar esta celebración. En todo el país se han preparado más de 2,000 eventos festivos, destacando diversas obras arquitectónicas, el tradicional “Grito” encabezado por el Presidente Felipe Calderón en el Zócalo capitalino, los desfiles histórico y militar, una magna exposición en Palacio Nacional, la expo Bicentenario en Guanajuato y la edición de dos obras conmemorativas a cargo de los ilustres historiadores Luis González y González y Gisela von Wobeser. Y es que, ante todo, la conmemoración debe estar unida a la reflexión. Cumplir 200 años como Estado independiente es buen momento para hacer un corte de caja, meditar sobre nuestra identidad, constatar cuáles han sido nuestros logros y hacer una prospectiva del futuro.

Historia, maestra de la vida

La historia es, ante todo, el recuento de los hechos de la humanidad. Su conocimiento nos permite saber quiénes somos, de dónde venimos e incluso vislumbrar hacia dónde vamos, ya que al ser conscientes de nuestros orígenes podemos entender mejor el presente y orientar nuestro futuro.

La historia de la humanidad es una historia compartida. Desde los inicios de la civilización, han surgido diversidad de culturas originales, con rasgos propios. De igual manera, ha sido una constante histórica el contacto entre ellas, a veces pacífico, con frecuencia conflictivo. Esta situación ha permitido el entrecruzamiento cultural conocido también como procesos de inculturación, que ha derivado en el enriquecimiento y creación de nuevas culturas, derivadas de las primigenias, pero dotadas de identidad propia.

En el caso concreto de México, somos herederos de una de las inculturaciones más monumentales, completas y exuberantes que se han dado en la historia universal. Toda nación se define por su pasado, pero en el caso ejemplar mexicano esta realidad cobra mayor relevancia, por la persistente presencia de nuestras raíces culturales en prácticamente todas las facetas de nuestra vida y que nos permiten conocer mejor nuestra identidad a la luz de los hechos pasados que nos han configurado como nación.

Este conocimiento no es baladí. Cuando la historia permite descubrir nuestra identidad cultural, nos ayuda a tener una visión madura y objetiva de nosotros mismos, revelando muchas veces potencialidades ocultas que nos sugieren retos, oportunidades y finalidades superiores.

Las raíces de México

Raíz del viejo mundo

Después de miles de años de vida nómada, el descubrimiento de la agricultura hace alrededor de 10,000 años permitió el inicio de la vida sedentaria y con ella, paulatinamente, nacieron las primeras civilizaciones en el viejo mundo. En el oriente surgieron China e India y en medio oriente, Egipto y Mesopotamia, todas ellas culturas primigenias, lugares donde se inventó la vida urbana, la escritura y se iniciaron propiamente los tiempos históricos: son consideradas “cunas” de la civilización y cuya influencia profunda se constata en la vida de la humanidad.

Pero fueron Grecia y Roma las civilizaciones que sentaron las bases de las principales instituciones políticas, económicas, sociales y culturales que conocemos hoy en día. La obra de los griegos Homero, Sófocles y Esquilo; Sócrates, Platón y Aristóteles; Euclides, Pitágoras y Ptolomeo, o bien de los romanos Virgilio, Horacio y Cicerón; Julio César y Séneca, entre muchos otros, crearon los fundamentos de la civilización occidental.

En el siglo I d. C. Roma llegó a establecer un dominio que abarcaba casi todo el mundo conocido, en torno al mar Mediterráneo. Roma fue nación rectora, forjadora de pueblos y creadora de un estilo de vida y cultura “latina”, que influyó en muchos pueblos de Europa y más tarde en toda América. De manera trascendente, en el ámbito del imperio surgió el cristianismo como la primera religión universal de la humanidad, religión de todos los pueblos y todos los hombres. Con el tiempo, las transformaciones propiciadas por el cristianismo fueron profundas y de muy largo alcance.

Roma cayó al fin hacia el siglo V de nuestra era ante las invasiones de pueblos bárbaros de origen germánico y asiático. Sin embargo, la cultura grecolatina y cristiana sobrevivió y se fusionó con la de los invasores, siendo esta mezcla la base de los modernos pueblos europeos. Así se sentaron las bases de una cultura común, que se manifestó en la filosofía, la política, la economía, el arte y la ciencia, y que floreció en la época llamada Edad Media.

A diferencia de otras culturas, cerradas al contacto con el exterior, los europeos aprovecharon su privilegiada situación geográfica, puente entre Asia y África, para adoptar y adaptar todo aquello que significara progreso material o espiritual. El contacto entre continentes benefició sobre todo al viejo mundo, pues debido a la extensión de los océanos Atlántico y Pacífico, América permaneció aislada, desconocida, sin relación con el resto de la humanidad.

La actual España refleja este origen sintético, plural y mestizo: celtíberos, cartagineses, griegos, romanos, judíos, visigodos y árabes fueron pueblos que ocuparon en alguna época ese territorio; dieron vida a culturas propias, se enfrentaron entre sí y fueron perfilando la identidad de la cultura española.

Mestizos racial y culturalmente, hacia el siglo xv los españoles eran integrantes de la civilización europea a manera de crisol y encrucijada de lenguas, razas y religiones que dio origen a su vez a nuevas culturas. Constituían un conjunto de reinos unidos por una sola corona, que con su empuje y vitalidad se situarían en el siglo xvi a la vanguardia del arte y la cultura del mundo. El periodo de 1520 a 1620 pasaría a la historia, por más de una razón, como su “siglo de oro”. Los elementos para el encuentro fructífero con América estaban dados. De él nacerían la cultura hispanoamericana, y en específico, la identidad mexicana.

Es importante recalcar que los mexicanos, como pueblo mestizo por antonomasia, hundimos nuestras raíces en ambos mundos. Ambas son parte de nuestra herencia constitutiva, no son algo ajeno a nosotros; son producto de la aportación de diversos pueblos en Europa, que al mezclarse con nuestras raíces amerindias dan como resultado que México sea una “mezcla de mezclas”, y que con el tiempo se convierta en el ejemplo más perfecto del mestizaje mundial, en la famosa “raza cósmica” vislumbrada alguna vez por José Vasconcelos.²

Raíz amerindia

Mesoamérica (“parte media de norteamérica”), es la zona más fértil del continente, y allí se asentaron las principales culturas prehispánicas. Aridamérica, situada en el norte, por su clima hostil y extremo, no albergó culturas importantes y fue habitada por pueblos predominantemente nómadas y guerreros, considerados bárbaros (popolocas o chichimecas) por sus vecinos civilizados del sur.

Los principales pueblos mesoamericanos fueron los olmecas, teotihuacanos, mayas, zapotecas, mixtecas, totonacas, toltecas, purépechas, tlaxcaltecas y mexicas. Esta gran variedad de etnias tienen orígenes remotos, producto de las diversas migraciones que a lo largo de milenios pasaron de Asia a América durante la última glaciación, ocupando los distintos rincones de nuestro actual territorio, y al adaptarse a la gran diversidad de climas y ecosistemas dieron nacimiento al enorme mosaico cultural y demográfico que subyace en la identidad mexicana.

La etapa de mayor esplendor cultural de Mesoamérica se dio en el periodo “Clásico”, aproximadamente del 100 al 800 d.C., en Monte Albán, Teotihuacan y las ciudades mayas del sur. El colapso de las ciudades del “Clásico” constituyó por siglos un misterio. Hoy sabemos que esta decadencia fue paulatina y no súbita, motivada por agotamiento ecológico y el recrudecimiento de la guerra, que se hizo endémica.

Mesoamérica es, por derecho propio, una de las seis grandes cunas de civilizaciones en el mundo, junto con China, India, Egipto, Medio Oriente y Perú. A diferencia de las culturas del viejo mundo, que interactuaban vigorosamente entre ellas, Mesoamérica se desarrolló aislada, por sus propios medios y sin influencias externas. Es lo que Octavio Paz denominó de manera

² Cfr. José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, Porrúa, 1998.

contundente “la soledad histórica”, en la que “el continente americano vivió una vida aparte, ignorado e ignorante de otros pueblos y civilizaciones”.³

Ese desarrollo en soledad determinó que a lo largo de casi cuatro milenios las civilizaciones precolombinas ascendieran penosamente, de la etapa neolítica a un nivel de cultura equiparable a los antiguos egipcios y babilonios. Por ello, al momento de la conquista, Mesoamérica presentaría casi dos mil años de disparidad tecnológica respecto de Europa, lo que la convertiría, históricamente, en un “capullo escondido”, hermoso pero frágil, según la expresiva frase de Carlos Fuentes.⁴

La cultura prehispánica que conocemos mejor gracias a las crónicas contemporáneas, es la mexica o “azteca”, quienes a partir del valle de México levantaron un imponente señorío que dominó el centro de México, pero que nunca constituyó un verdadero imperio unificado en instituciones, leyes y costumbres. Los mexicas lograron la supremacía política y militar sobre los demás debido a su régimen teocrático militar que les imponía el deber de hacer la guerra para adquirir prisioneros que destinaban a los sacrificios religiosos. La religión permeaba toda la vida del pueblo mexica.

Es importante señalar que México no existía en la época prehispánica; se trataba de un mosaico de diversas civilizaciones y culturas que se fueron sucediendo en el tiempo y que nunca constituyeron una unidad. Hacia principios del siglo xvi se hablaban más de 90 lenguas y las culturas más importantes ya habían desaparecido o se encontraban en decadencia.

La edad del descubrimiento

El proceso del descubrimiento, conquista, colonización e integración de los pueblos y territorios ubicados en el nuevo mundo no tiene paralelo en la historia. Por única vez, entraron en contacto civilizaciones avanzadas (con fuertes disparidades) que ignoraban totalmente su existencia recíproca. El llamado *Descubrimiento de América* cambió totalmente la composición y evolución, no sólo del joven continente, sino también del viejo mundo.

Los impulsos iniciales de esta epopeya se remontan a inicios del siglo xv, época en la que Europa transitaba de la última etapa de la Edad Media al inicio del Renacimiento. En este sentido, 1492 es un auténtico parteaguas en la historia mundial. El pequeño viaje de tres carabelas abrió la exploración de todos los mares y continentes y afectó la historia futura hasta en los más apartados rincones de la tierra.

En 1517 gobernaba el Cem Anáhuac el décimo tlatoani (mal llamado “emperador” por los castellanos), Moctezuma II o Xocoyotzin. Frisaba los 40 años de edad y durante los últimos 17 había consolidado la expansión militar de los mexicas, la cual abarcaba toda la zona central de México, de costa a costa, y era la cabeza de un conjunto de señoríos que le rendían pleitesía en

³ Octavio Paz, *Claridad errante. Poesía y prosa*, México, FCE, 1996, p. 52.

⁴ Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, México, FCE, 1992, p. 23.

forma de tributo anual, a veces muy oneroso. Los mexicas nunca se preocuparon de incorporar a los vencidos bajo su propia estructura política, lo que habría gestado un verdadero imperio. Debajo de la resignada obediencia a México-Tenochtitlan, los pueblos mesoamericanos sometidos ardían de rencor en contra de la dominación mexicana.⁵

La seguridad y poderío de Tenochtitlan se vieron turbados en 1519 por la llegada de hombres extraños, blancos y barbados, que presagiaban el retorno de Quetzalcóatl. Al dejar atrás la costa y ascender al altiplano mexicano, los españoles se asombraron al ver su variedad de climas, al tiempo que Hernán Cortés fraguó la posibilidad de encabezar una coalición de pueblos indios en contra de los mexicas. Después de muchas vicisitudes, en abril de 1521, Cortés inició el asedio formal de Tenochtitlan, al frente de una coalición de 900 españoles y alrededor de 100,000 aliados indígenas, principalmente tlaxcaltecas, huejotzincas, cempoaltecas y texcocanos. Los defensores de Tenochtitlan eran menos de 50,000 guerreros. El último tlatoani fue capturado y presentado ante Cortés, a quien se rindió el 13 de agosto de 1521.

El nacimiento de México

Con la caída de Tenochtitlan termina la primera etapa de la conquista de México. La derrota de los mexicas motivó que prácticamente todos los pueblos del altiplano se sometieran a la corona española. A partir de entonces se inició la fusión de razas y de culturas que culminó con el nacimiento del México mestizo. Simultáneamente a la labor de integración nacional y de evangelización, se inició la segunda etapa de la conquista: la pacificación y colonización de los enormes territorios ubicados al norte de Mesoamérica, los cuales nunca fueron asimilados por los mexicas. Este proceso de nacimiento de la nueva nacionalidad fue paulatino y es resultado de la lenta labor de integración emprendida durante los tres siglos del virreinato de Nueva España.

En la esencia de México está la impronta de la evangelización. Sin ella el fenómeno de integración de la nueva cultura mestiza no es comprensible. La "conquista espiritual", proceso estudiado hace más de 50 años por el investigador Robert Ricard,⁶ supuso el más audaz proyecto de inculturación que haya ocurrido en el hemisferio occidental. En pocos años, millones de indígenas fueron evangelizados e hicieron suyos los productos y tecnologías del viejo mundo. Con el mestizaje iniciaría un azaroso y multisecular proceso de integración geográfica, étnica y cultural, del cual procede el actual México.

La actividad agrícola se enriquece con cultivos mixtos de plantas americanas y europeas aclimatadas. Lo mismo ocurrió con la cría de animales. El burro y el caballo fueron una auténtica bendición para los indios, pues antes del descubrimiento de América todas las cargas en el continente se llevaban sobre los hombros de los macehuales. Asimismo, la introducción de

⁵ Cfr. "Moctezuma Xocoyotzin", en *Relatos e historias en México*, núm. 10, revista editada por el INAH.

⁶ Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, México, FCE, 1990.

gallinas y puercos fortaleció la precaria dieta de los indígenas. Los poblados indígenas tenían derecho a cultivar sus propias tierras comunales.

La sociedad resultante de raíces venidas de todos los rincones del planeta y asentadas en Nueva España dan a México una forma de ser cosmopolita, que aprendió con naturalidad a integrar lo nuevo, dándole un lugar en el conjunto. Los pintores indios que aprenden nuevas técnicas de colegas flamencos, las cocineras indias y mestizas que mezclan ingredientes de uno y otro lado del océano para inventar nuevos platillos, la gente común y corriente que mezcla el náhuatl, el castellano, el portugués, dialectos africanos y filipinos, o que inventa nuevos bailes, que adopta el traje andaluz para convertirlo en el charro mexicano, en fin, son manifestaciones del genio novohispano que realiza uno de los fenómenos de integración y mestizaje cultural más exitosos en la historia de la humanidad.

La Virgen de Guadalupe es el símbolo más perfecto y acabado de la nueva nación, tanto como imagen religiosa como por ser el símbolo supremo del mestizaje. En parte española, en parte indígena, sintetiza en su composición ambas culturas y las proyecta hacia el futuro. Según opinión de Richard Nebel, historiador alemán, la imagen de la Virgen de Guadalupe se convertirá en la figura "más difundida del siglo XXI, como figura protectora, universal, incluyente y de aliento para los marginados de la tierra".⁷

Para inicios del siglo XIX Nueva España tenía seis y medio millones de habitantes y era la región más poblada y opulenta del mundo hispánico, con infraestructura material y cultural plenamente equiparable con la metrópoli. Su capital, con 160,000 habitantes, era la urbe más grande de América y de todo el hemisferio occidental. Al mismo tiempo, mientras maduraba lentamente, se había formado una conciencia de nacionalidad que despertaría con la Independencia.

El movimiento de Independencia Ocaso de Nueva España

A la muerte de Carlos II "el hechizado", sin dejar heredero a la corona, termina la dinastía de los Habsburgo en España. Como resultado de la prolongada "Guerra de la sucesión española" el rey Luis XIV de Francia logra imponer en el trono español a su nieto, quien reinaría con el nombre de Felipe V y es el iniciador de la dinastía de los Borbones, que es la que aún hoy día continúa. El periodo borbónico significará para las posesiones hispanas una serie de cambios significativos, a través de reformas que buscan eficientar la explotación de sus recursos y asegurar el control político de las posesiones de ultramar con un creciente despotismo ilustrado.

⁷ Richard Nebel, *Santa María Tonantzin Virgen de Guadalupe*, México, FCE, 1996, p. 273.

Como reacción lógica contra el nuevo absolutismo, surgió incontenible en toda Nueva España lo que David Brading ha denominado el “Nacionalismo criollo”, antecesor directo del nacionalismo mexicano.⁸ Este incipiente nacionalismo tenía como características propias un fuerte amor por el territorio novohispano, así como por su gente, y un cierto liberalismo intelectual que propugnaba sobre todo por la libertad de comercio, aspiración que se logró paulatinamente.

La Independencia estadounidense de 1776 y la Revolución francesa de 1789 vinieron a alimentar este fuego al mostrar que era posible buscar cambios políticos. Pocos repararon en los excesos de la Revolución francesa. La oposición al absolutismo crece en las conciencias y se empieza a hablar abiertamente de ella a partir de 1804, en que la famosa Real Cédula de réditos vencidos, también conocida como Consolidación de los Vales Reales, condenó a muchas familias criollas y mestizas a la virtual indigencia.

Además, cuando a partir de 1796 a causa del bloqueo inglés los novohispanos vieron que los barcos estadounidenses los abastecían mejor que la flota española, la Independencia se vio como necesaria y ventajosa. En resumen, el crecimiento económico del siglo XVIII, la desigualdad en la distribución de la riqueza y la inflexibilidad política del régimen causaron que los criollos buscaran sustituir a los peninsulares en el disfrute de los bienes del extenso territorio novohispano.

Los motines novohispanos

A lo largo de los tres siglos del virreinato hubo esporádicos motines derivados de causas diversas. Todos fueron regionales y cuatro fueron especialmente peligrosos para la corona española. En 1565 Martín Cortés encabezó a la élite de encomenderos españoles que buscaban “alzarse con el reino” en contra del rey. Esta asonada no llegó a su término por las vacilaciones del marqués del Valle y la dura respuesta de las autoridades. En 1624 una pugna entre el virrey marqués de Galvez y el arzobispo de México terminó en que el populacho se amotinara y obligara a la destitución del virrey “hereje”. En 1692 ocurrió el famoso motín de la ciudad de México, en que la falta de abastecimientos sublevó nuevamente al pueblo que terminó con el incendio del palacio virreinal, hecho que conocemos por la ágil crónica de don Carlos de Sigüenza, catedrático de la Universidad y amigo de sor Juana.⁹ La más grave ocurrió en 1767, cuando a raíz de la expulsión de los jesuitas en diversas ciudades hubo motines y protestas que fueron reprimidas con gran dureza. En todas ellas faltó la definición de un proyecto viable y unidad de dirección en el mando.

⁸ David Brading, *Orbe indiano*, México, FCE, 1993, p. 575.

⁹ Irving Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio novohispano*, México, FCE, 1984, p. 122 y ss.

Una situación explosiva

A fines del siglo XVIII la situación general en las posesiones americanas era de inquietud. Diversos factores convergían en una situación que prepararía la guerra de Independencia. Tres distintos observadores, especialmente lúcidos, plasmaron su visión en escritos diferentes.

En 1783 el conde de Aranda, embajador de España en Francia, escribió al rey Carlos IV un informe secreto sobre la situación en las colonias después de la independencia estadounidense. Vislumbraba que el aparato político estaba desgastado y que era urgente una radical reforma política si no se quería que España perdiera de manera definitiva su soberanía sobre todas sus posesiones. También vaticinó que Estados Unidos se convertiría en una amenaza para el mundo hispánico y en concreto para México.

En 1799 monseñor Abad y Queipo (posteriormente obispo de Valladolid), dirigió un informe al rey sobre la situación en Nueva España. Hacía gran hincapié en la abrumadora desigualdad social y económica y decía que urgía una reforma social que hiciera algo por los desposeídos o se seguiría incubando el odio de castas.

Por último, en 1806 el barón alemán Alejandro von Humboldt terminó de recopilar los datos para escribir su monumental *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, aunque se publicó casi 15 años después, el diagnóstico fue exacto: México era el país de las grandes desigualdades económicas y de las grandes oportunidades de bonanza. Era necesario una reforma económica que pusiera la bonanza al alcance de la mayoría.

El primer informe fue descartado por alarmista. El segundo fue atendido pero finalmente nunca se hizo nada concreto. En cuanto al libro de Humboldt, salió a la venta cuando México ya era virtualmente independiente y sirvió en buena medida para que diversas potencias extranjeras se fijaran en México como apetecible botín.¹⁰

Las conspiraciones

El malestar contra la política real era generalizado. En la última década del siglo XVIII y primera del siglo XIX brotaron conspiraciones por doquier, buscando moderar “el mal gobierno”. En 1793 se descubrió en Guadalajara la conspiración de Montenegro. En 1794, en México, la del contador Juan Guerrero, miembro del cabildo. En 1799 se logró abortar la llamada “Rebelión de los machetes”, en la que participarían mestizos y mulatos del centro y occidente del país.

La invasión napoleónica origina el movimiento

A principios del siglo XIX la corona española la ceñía uno de los monarcas más incompetentes de la historia: Carlos IV. El manejo de la política estaba en manos del “valido” de la reina, el

¹⁰ Luis Villoro, “La Independencia de México”, en *Historia General de México*, t. I, México. FCE, 1994, pp. 521 y ss.

ministro Manuel Godoy, quien con sus costosas frivolidades y catastróficas decisiones arruinó al imperio hispano. Al percibir la debilidad de la dinastía borbónica, el emperador Napoleón creyó fácil apoderarse del trono español y gobernarlo a través de su hermano José. En 1808 las tropas francesas, de paso hacia Portugal, en realidad invaden España y el 1 de mayo Napoleón obliga al rey Carlos IV a abdicar la corona a favor de su heredero Fernando VII. A su vez, con halagos y amenazas, éste cedió su corona a favor de Napoleón, quien procedió a nombrar a su hermano José como rey de España.

Lo sucedido no sólo era inédito y asombroso, era incluso vergonzoso. Las consecuencias serán terribles ya que sumirán a España en la guerra inmediata y la agitación política y decadencia económica se prolongarán durante todo el siglo XIX.

Fervientes patriotas, los españoles se rebelan contra Napoleón en una guerra que duraría seis años y que le costaría al emperador la pérdida de 300,000 de sus mejores soldados. Se forman en varias ciudades "Juntas", cuerpos políticos de diversa denominación que gobiernan en nombre del monarca depuesto.

Es hasta mediados de julio de 1808 cuando se sabe en México la doble abdicación de los reyes, la usurpación francesa y el posterior levantamiento español. El azoro es general y la indignación profunda.

En una serie de reuniones, el ayuntamiento de la ciudad de México recordó la Real Cédula por la cual Nueva España se había unido a la Corona de Castilla, y la promesa de Carlos V de "nunca enajenarla o cederla a nación o persona alguna".¹¹

Según los miembros del ayuntamiento, encabezados por el síndico Primo de Verdad y el abogado Francisco Azcárate, eran inválidas las abdicaciones reales y la cesión del trono a favor de José Bonaparte. El virrey Iturrigaray, considerado en retrospectiva como un virrey venal e inepto, pero sobre todo un paradigma de indecisión, percibe que cualquier cosa puede pasar, pero no toma acciones contundentes. Convoca a la Real Audiencia y al ayuntamiento, junto con las "parcialidades" y gremios a discutir sobre la situación. El ayuntamiento, regido por la clase media, declara que la soberanía, a falta del monarca, recae en la nación por lo que debe convocarse a todos los cabildos a erigir una "Junta Gubernativa" separada de las de España y "guardar el reino" para Fernando VII. Los españoles se dan cuenta que tales proposiciones mermarían su poder y la Real Audiencia se opone, proponiendo que se reconozca a la Junta de Sevilla en España y que el virrey siga en funciones como antes. Iturrigaray vacila y los españoles deciden hacerlo a un lado.

El 15 de septiembre de 1808 los comerciantes españoles de la ciudad de México, liderados por Gabriel del Yermo, presidente del Consulado (gremio mercantil), apresan al virrey y nombran al comandante militar retirado Pedro Garibay como nuevo virrey. El 16 de septiembre la ciudad y el virreinato se levantan con la novedad de que el virrey Iturrigaray ha sido destituido y los *gachupines* han nombrado a uno nuevo sin título de legitimidad. Los criollos ven con claridad

¹¹ Lucas Alamán, *Historia de México*, México, Jus, 1989, t. I, p. 260.

que bajo el supuesto apego a la ley no hay más que voluntad de poder y de privilegios. A partir de entonces las ideas y propuestas de ambas partes se radicalizarán.

La conspiración de Valladolid

De 1808 en adelante se estableció por todo el territorio novohispano, particularmente en El Bajío, una red de juntas secretas que conspiraron para lograr la autonomía y que con posterioridad desembocarían en la Independencia de Nueva España.

A finales de 1808 es descubierta una amplia conspiración dirigida por los militares criollos Michelena y Obeso, que son apresados. Fue una conspiración de amplias ramificaciones, varias de las cuales, no descubiertas, servirían para apoyar el pronunciamiento de Hidalgo en 1810 y para darle cuerpo a la conspiración de Querétaro. Las cosas llegaron a tal punto que corrían libelos que hablaban abiertamente de Independencia. Fray Melchor de Talamantes expone que la Independencia es necesaria y provechosa, pues “no se debe obediencia a un rey preso y la Nueva España tiene todos los elementos para procurar su propio sustento y felicidad”.¹²

Estas aspiraciones toman gran impulso cuando se sabe en México de las sucesivas insurrecciones en sudamérica: en abril de 1810 se crea la Junta de Caracas; en mayo la de Buenos Aires y en julio las de Bogotá y Quito. En todos los virreynatos se hacen declaraciones de Independencia y se promueven las reformas favorables a los criollos que los españoles habían obstaculizado en México. Ante la gran cerrazón política de los peninsulares, la Independencia de México tomará la vertiente de la insurrección popular, apartándose de las líneas generales del resto de Iberoamérica.

La conspiración de Querétaro

Como rescoldo de la fracasada conspiración de Valladolid, el corregidor Miguel Domínguez de Querétaro elabora nuevos proyectos de autonomía. Pronto toma el mando de la conspiración el militar Ignacio Allende, capitán del Regimiento Provincial de Dragones de la Reina con sede en San Miguel el Grande. Es a principios de 1810 cuando Felipe González, uno de los cerca de 50 conspiradores involucrados, propuso invitar a un sacerdote a “dar la voz”, es decir, aparecer como cabeza de los insurrectos para evitar ser acusados de afrancesados y antirreligiosos. Allende invita entonces a participar al cura de Dolores, don Miguel Hidalgo y Costilla, “Por el concepto de sabio en que se le tiene y el contar con buenas relaciones en Guanajuato y Valladolid”¹³ y quien por su inteligencia, cultura y carisma terminaría encabezando las reuniones.

A lo largo de su vida, el cura párroco de Dolores, don Miguel Hidalgo y Costilla, fue reconocido por su inteligencia siempre despierta, su agilidad mental y sensibilidad para buscar

¹² Lucas Alamán, *op. cit.*, p. 271.

¹³ José María Liceaga, *Adiciones y rectificaciones a la historia de Lucas Alamán*, México, INHERM, 1985, p. 20.

alternativas de desarrollo económico para los talleres y ranchos vecinos a las parroquias de San Felipe y de Dolores. Además de ser un teólogo notable por sus conocimientos y retórica, llamó la atención su gusto por la música, era un buen violinista y se dice que solía tocar en las tertulias y bailes que organizaba en su casa.

Su interés por la situación política de Nueva España, el sufrimiento en carne propia de las arbitrariedades de la Corona –como consecuencia de la consolidación de los Vales Reales en 1804, su familia perdió las haciendas de Santa Rosa en Tajimaroa y Corralejo en Guanajuato– y el entusiasmo novohispano ante la resistencia española en contra de la invasión de Napoleón en 1808, lo llevó a aceptar como viable el perfil criollo de la autonomía novohispana.

Así fue como a sus 57 años de edad, en 1810, Miguel Hidalgo se convirtió en el caudillo de una rebelión que desembocó en la larga y costosa guerra de Independencia de México. Hasta ese momento, había sido únicamente un pacífico y activo cura dedicado a sus deberes parroquiales, siguiendo los pasos del primogénito de la familia, el bachiller José Joaquín Hidalgo, sabio y virtuoso sacerdote, de quien prácticamente heredó el curato de Dolores en 1803. De esta etapa nos queda un interesante y conmovedor testimonio del mismo Hidalgo, cuando en 1811 fuera apresado y juzgado en Chihuahua, declarando a sus jueces que nunca dejó de preocuparse por los fieles de sus parroquias: “He sufrido las mayores fatigas en el tiempo que he sido cura sin temer soles, fríos y asperezas, distancias y pestes, porque mis feligreses no pasaran sin la confesión a la eternidad”.¹⁴

Llamado por la historia por una serie de eventos fortuitos, en el transcurso de los escasos cuatro meses que van del 16 de septiembre de 1810 al 17 de enero de 1811, sus actos definieron para siempre su imagen como principal dirigente de la insurrección independentista. A través de los dos siglos transcurridos, esos 120 días de la vida de Hidalgo fueron suficientes para darle una estatura heroica, al tiempo que en gran medida nos han desdibujado al hombre concreto de carne y hueso.

Hasta ese momento, el objetivo de los conjurados era crear un gobierno autónomo encabezado por criollos, esto es, por “españoles americanos”, reunidos en una junta o congreso que ejerciera el poder a nombre del depuesto y suspirado rey Fernando VII. Tiempo después, al preguntársele a Allende en su interrogatorio efectuado en junio de 1811 si aceptaba haber cometido delito de alta traición contra las legítimas autoridades, contestó que estimaba su conducta como de “alta lealtad”, puesto que se habían levantado en armas en defensa de la religión y del legítimo Fernando VII, prisionero de los franceses. La Independencia debería comenzar el 2 de octubre, pero un descubrimiento prematuro obliga a Hidalgo a adelantarse. Desgraciadamente, opta por la insurrección abierta del populacho, aunque tenga que recurrir a excitar el odio de castas.

¹⁴ Citado por Jean Meyer, *La antorcha encendida*, t. III Hidalgo, México, Clío, 1997, p. 21.

El levantamiento de Hidalgo

El 15 de septiembre convoca a sus feligreses a levantarse en armas por “Fernando VII” y en contra de los españoles que quieren entregar Nueva España a Napoleón. En Atotonilco enarbola el estandarte de Nuestra Señora de Guadalupe, agregando así de manera deplorable un ingrediente de fervor religioso a la consecución de un proyecto político. Captura San Miguel, Celaya, Salamanca e Irapuato. Se dirige a Guanajuato, rica y populosa ciudad minera en que podrá hacerse de cuantiosos recursos. La resistencia del intendente José Antonio Riaño exaspera a la plebe y se produce la primera matanza de la guerra. En vano trata Allende de moderarla. En México, el nuevo virrey Venegas ordena al general Calleja dirigirse a sofocar la revuelta.

El intendente de San Luis Potosí, el brigadier Félix Calleja del Rey y otros oficiales españoles y criollos levantan pronto milicias realistas integradas por novohispanos, relativamente bien armadas y entrenadas. En tanto, Hidalgo captura Valladolid y amaga a la ciudad de México desde Toluca. En Monte de las Cruces, al frente de casi 80,000 seguidores, se le enfrenta una escuálida tropa realista de 3,000 soldados, encabezados por Torcuato Trujillo, siendo Agustín de Iturbide uno de los oficiales. Al final, Hidalgo obtiene una victoria pírrica. Sin municiones y con la proximidad de Calleja, Hidalgo decide no entrar a la ciudad de México, entre otras razones para no someterla a los mismos “horrores de la matanza de Guanajuato”¹⁵ y desanda el camino hacia Valladolid. En Aculco es interceptado y derrotado por Calleja el 7 de noviembre de 1810. Las innumerables huestes de Hidalgo se desbandan ante los primeros tiros de la artillería realista.

Regresa a Valladolid y posteriormente va a Guadalajara. Para congraciarse con sus seguidores emite decretos populistas y permite degollinas de decenas de españoles. Allende riñe severamente con Hidalgo, busca despojarlo del mando e incluso intenta envenenarlo. En el puente de Calderón la tropa insurgente, con casi 100,000 hombres –el mayor contingente de guerra que se ha reunido en México en toda su historia– se enfrenta al ejército de 10,000 hombres de Calleja.

Todo indica que Hidalgo esperaba, ante su abrumadora superioridad numérica, que Calleja se retirara o incluso que se pasara al bando insurgente, consciente de la inutilidad de la lucha. Fue una batalla decisiva. Después de cinco horas de indefinición, al caer la tarde la artillería realista hace blanco en el tren de municiones insurgente, desatando una tremenda explosión que causa enormes estragos en la filas independentistas. Los realistas se lanzan entonces a una decisiva carga ordenada por Calleja, quien obtiene resonante triunfo y desbanda a los independentes en todas direcciones.

Los líderes de la campaña toman el camino de Zacatecas, y de ahí se dirigen a Saltillo y Monclova. Piensan reorganizarse en las provincias de Santander y Texas, pues un acierto de Hidalgo fue haber comisionado agentes para que levantara la insurrección en distintas

¹⁵ *Ibid.*, p. 45.

provincias. Pero en Acatita de Baján son traicionados por el coronel y farsante Ignacio Elizondo y entregados al poder virreinal. Allende, Aldama y Jiménez, junto con otros caudillos, son rápidamente enjuiciados y fusilados. Sólo Mariano Abasolo, por mediación de su encumbrada esposa, logra salvar su vida, que se consumirá en una larga prisión. Por su parte, don Miguel Hidalgo es canónicamente degradado y fusilado el 30 de junio de 1811. Esta primera fase de la lucha por la Independencia había durado menos de ocho meses y había concluido con la aprehensión y muerte de los iniciadores del levantamiento.

El movimiento de Independencia, iniciado de manera prematura al ser descubierto, había degenerado en una horrible guerra civil y se prolongaría por más de 10 años. Al respecto, dice Emilio Rabasa: “La personalidad de Hidalgo puede discutirse; puede ser tachado, como hombre, de crueldad; como soldado, de impericia; pero no puede negársele el genio de caudillo que seduce a los pueblos, que los levanta en masas ciegas, que obra sobre ellos por sugestión irreflexiva y propaga por contagio y como por necesidad involuntaria...”.¹⁶

Morelos y los continuadores de la insurgencia

Eliminados los iniciadores del movimiento, sostuvieron la lucha una serie de líderes insurgentes en todo el territorio novohispano. En Zitácuaro, Ignacio López Rayón y el Dr. Liceaga continuaban la lucha de Hidalgo y se erigían en “Suprema Junta Gubernativa de América”, pero virtualmente nadie les hacía caso. Por desgracia, la desunión y la anarquía campearán entre los distintos caudillos, debilitando la insurgencia.

Comisionado por Hidalgo para “levantar el sur”, pronto destacaría José María Morelos como el líder que la independencia requería. Primero pasó por la cuenca del Balsas reclutando gente; no una chusma incontrolable, sino pequeñas partidas guerrilleras. También supo conjuntar un admirable equipo de ayudantes: Matamoros, los Galeana, los Bravo, Verduzco, Guadalupe Victoria y Vicente Guerrero. Después de asediar infructuosamente Acapulco, tomó Chilpancingo y se dirigió a Cuautla. Ahí fue sitiado por Calleja en abril de 1812, quien sufrió el primer revés de su brillante trayectoria ante la resistencia de Morelos. Ese mismo año realizó una serie de geniales maniobras que culminaron con la toma de Cuernavaca, Tehuacán, Orizaba, Oaxaca y Acapulco, y lo convirtieron en el principal dirigente del levantamiento.

A mediados de 1813 Morelos buscó darle a la Independencia una dirección política bien definida. Con tal fin convocó a un Congreso en Chilpancingo, que tuvo cierta influencia política. Aunque la idea era buena, en la práctica pronto degeneró en rencillas entre los congresistas quienes frecuentemente obstaculizaron la labor de Morelos. Su fruto más notable fue la Constitución de Apatzingán, promulgada en 1814 y que nunca pudo ser puesta en vigor debido a los posteriores descalabros del *Siervo de la Nación*.

¹⁶ *Ibid.*, p. 10.

En diciembre de 1813 Morelos, al frente de su mejor ejército, intentó reconquistar Valladolid, pero fue derrotado por los realistas Llano e Iturbide. A partir de ahí encadenó una serie de derrotas hasta su captura en noviembre de 1815 y su fusilamiento el 22 de diciembre de ese año.

Disgregación de los insurgentes

Con la muerte de Morelos el movimiento de Independencia se atomiza. En 1814 se reinstaura el absolutismo en España con el retorno del rey Fernando VII tras la derrota napoleónica, y se nombra virrey a Félix Calleja, quien desarrolla una sistemática aniquilación de partidas insurgentes. En 1815 Nicolás Bravo es nulficado y Mier y Terán disuelve el Congreso de Chilpancingo ante su inutilidad. Todos los demás jefes insurgentes, como el amo Torres, el padre Verduzco, Albino García y Pedro Moreno son derrotados antes de 1817, quedando al final sólo Osorno, Guerrero y Guadalupe Victoria para sostener la lucha en puntos aislados de la geografía nacional. Afortunadamente para los capturados, en 1816 es nombrado virrey el más apacible Juan Ruiz de Apodaca, quien decreta una amnistía general con miras a pacificar el virreinato. Al decir de Ignacio López Rayón, quien en prisión sobreviviría a la guerra de Independencia, esta sola acción “casi liquidó a la insurgencia”,¹⁷ pues se calcula que más de 50,000 insurgentes se indultaron.

Todavía en marzo de 1817, el brigadier Francisco Javier Mina encabeza una expedición de 300 mercenarios para combatir el absolutismo del rey desde América. Se le había asegurado que encontraría seguidores por miles, pero tras su desembarco cerca de Tampico se dio cuenta que no era así. Después de algunas relampagueantes victorias, es derrotado y fusilado con sus seguidores en noviembre de 1817.

Balance de la guerra

Hacia 1820, casi 10 años de terribles luchas con atrocidades de ambos bandos sumieron al antes próspero virreinato en la ruina. Diversas fuentes coinciden en señalar los terribles destrozos que originó una guerra prolongada y devastadora.¹⁸ Se calcula que murieron cerca de 600,000 personas, esto es, 10% del total de habitantes de Nueva España, una verdadera hecatombe demográfica. Pero además, los campos fueron arrasados, cayendo la producción agropecuaria en 50%, el comercio estrangulado y los caminos destruidos. La actividad que más sufrió fue la minera, antiguo motor de la economía novohispana, ya que su productividad cayó en casi 90%. La economía mexicana necesitaría décadas para recuperar los índices de 1810. En doloroso contraste, en 1816 lograban su independencia las Provincias Unidas del Río

¹⁷ Citado por Lucas Alamán, *op. cit.*, t. IV, p. 497.

¹⁸ Alfredo Ávila y Virgina Guedea, *La Independencia de México: temas e interpretaciones recientes*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2007.

de la Plata; en 1818 Chile y en 1819 la Gran Colombia, sin los terribles destrozos de la guerra de Independencia mexicana.

La condesa viuda de Regla, doña María Josefa Rodríguez y Pedroso, describió la situación así: "Aquí todo es desolación y muerte. No se piensa en medios pacíficos para concluir una guerra exterminadora. No se quieren persuadir de que esta guerra debe terminar con abrazos, y no a balazos".¹⁹

Y es que en el fondo, tal y como se desarrolló, la guerra de Independencia fue un conflicto civil que enfrentó a familias, amigos, vecinos, peones y amos, a comunidades religiosas y todos los novohispanos entre sí. Leona Vicario se unió a la insurgencia no obstante ser sobrina del licenciado Agustín Pomposo Fernández, notable realista cuyo hijo murió como insurgente. El mismo *Padre de la Patria*, don Miguel Hidalgo y Costilla, tuvo a su lado en la aventura emancipadora al tercero de sus cuatro hermanos, Mariano, llegando a nombrarlo como intendente del ejército insurgente, mientras que el segundo de sus hermanos, de nombre José María, actuó como capitán del ejército realista.

La lucha fue feroz y exterminadora

Ya desde 1810 se sucedieron sin límite las degollinas, los fusilamientos y las represalias. La guerra alcanzó implacable a los civiles, mujeres y niños incluidos. Las mujeres actuaron como conspiradoras, militantes activas y correos. Con frecuencia fueron acusadas de "seductoras de tropa", es decir, de persuadir a los soldados realistas a desertar, o bien de ser familiares de insurgentes o realistas.

Por su parte, los niños también formaron parte de las fuerzas combatientes, algunos desde tierna edad. Algunos llegarían más tarde a ser importantes figuras políticas en el México independiente, como el insurgente Juan Nepomuceno Almonte, hijo de Morelos, o los realistas Martín Carrera, Pedro María Anaya, Mariano Arista y Manuel Lombardini, quienes andando el tiempo llegaron a ser presidentes de la República Mexicana en distintas etapas.

La consumación de la Independencia Conspiración de La Profesa

Para 1820, la causa de la Independencia parece perdida y se reduce a ser un anhelo aplazado. Pero entonces ocurren sucesos inesperados: una asonada liberal en España obliga al rey Fernando VII a restablecer la Constitución de Cádiz, pero ya con un radical contenido liberal. La noticia fue acogida en México con sentimientos encontrados. Los comerciantes la apoyaron, pero en general la clase dirigente vio con aprensión la nueva constitución, tanto por el fin de sus privilegios como por su marcado y gratuito anticlericalismo.

¹⁹ Guadalupe Jiménez y Gustavo Curiel, *México, su tiempo de nacer*, Fundación BANAMEX, México, 1997, p. 227.

En el templo de La Profesa se fraguó un plan para independizar a México guardándolo como monarquía leal a Fernando VII, donde podría gobernar sin el estorbo de constituciones liberales. Necesitaban un militar de prestigio para encabezar el movimiento y escogieron a Agustín de Iturbide, antiguo coronel realista que se había destacado en la lucha contra los insurgentes y que desde 1816 languidecía retirado del servicio activo de las armas en su hacienda de Chalco, por una acusación de malversación de fondos y que él atribuía a envidias y rencillas.

El Plan de Iguala

La conspiración pronto abortaría, pero Iturbide tomó su nuevo mando como general de los ejércitos del sur con su propio plan ya forjado: independizar a México de España. Con una intuición genial, don Agustín de Iturbide unificó a la nación mexicana al proponer el Plan de Iguala (24 de febrero, 1821) con tres puntos principales o garantías:

- Proclamaba la Independencia completa e inmediata respecto de España, agradando a un tiempo a criollos e insurgentes;
- Proclamaba también un trato igual para criollos y españoles, atenuando con eso la alarma de los gachupines y otorgando ventajas a indios, mestizos y criollos, y
- Proclamaba la supremacía de la religión católica y colocaba las garantías del plan en manos del Ejército llamado Trigarante. Una bandera tricolor (verde, blanco y rojo), simbolizaría a las Tres Garantías sobre las que se fundaba el nuevo país, naciendo así la bandera de México.

¿Por qué tuvo tan pronto éxito las propuestas del Plan de Iguala? El investigador Jaime del Arenal Fenochio lo ha dilucidado en su biografía sobre Iturbide:²⁰

El plan de independencia de Agustín de Iturbide respondía a las condiciones en que se encontraba Nueva España en 1820. Recogía las aspiraciones de muy diversos grupos y las propuestas emancipadoras de distintos momentos de la insurgencia.

De los criollos del ayuntamiento de 1808 tomaba la idea de una Junta o Congreso Americano representante de Fernando VII y el principio de la soberanía popular; del movimiento de Hidalgo y Allende asumía como propias la abolición de la esclavitud, la defensa de la religión y de los intereses criollos; de las ideas del *Siervo de la Nación* recogía la igualdad de todos ante la ley, el acendrado guadalupanismo y la necesidad de una constitución y legislación propias. Con Francisco Javier Mina y los demás liberales compartía la fe en el régimen constitucional y la necesaria unión entre españoles y americanos para lograr la anhelada emancipación. Asimismo,

²⁰ Cfr. Jaime Del Arenal, *Iturbide*, Océano, México, 2003, p. 195.

otorgaba a las castas, sin distinción de mezclas, la ciudadanía que les negaba la Constitución de Cádiz, situación que favoreció especialmente a los de ascendencia negra.

Con su propuesta, Iturbide aglutinó a los más disímbolos participantes de todas las etapas de la lucha: a Francisco Azcárate, Miguel Domínguez, Ignacio y Ramón López Rayón, Vicente Guerrero, Guadalupe Victoria, Andrés Quintana Roo, Nicolás Bravo, Manuel Mier y Terán y también a realistas como Anastasio Bustamante y Pedro María Anaya y Manuel Gómez Pedraza. Todos ellos se sumarían al proyecto de consumación de la Independencia mexicana.

Tras unos breves combates con Vicente Guerrero, lo invitó a conferenciar y le propuso el Plan de Iguala para independizar a México de España. En Acatempan ambos generales se unieron a favor de la Independencia. El apoyo de Guerrero al plan de Iturbide era pequeño militarmente hablando, pero era importante por constituir un aval histórico de los antiguos insurgentes a favor de este nuevo intento de Independencia. Además, al pacificarse el sur del territorio, Iturbide tendrá manos libres para dedicarse de lleno al Plan Trigarante.

A partir de ese momento, Iturbide desplegó una hábil campaña diplomática que en sólo siete meses logró lo que no habían realizado 10 años de guerra. El Plan de Iguala estaba tan bien elaborado que logró la adhesión de prácticamente la totalidad de mandos y tropas realistas e insurgentes, con los que se formó el Ejército de las Tres Garantías que salvaguardarían el Plan de Iguala y la Independencia. Asimismo, obtuvo el apoyo de las distintas autoridades civiles (intendentes, corregidores, regidores y síndicos) y eclesiásticas (abades, superiores de órdenes religiosas y casi todos los Obispos).

Saludo a la patria independiente

Cuando en agosto de 1821 el nuevo virrey (titulado como “Jefe Político Superior” en la Constitución de 1820), Juan de O’Donojú, llegó a Veracruz, aceptó el hecho consumado y firmó con Iturbide los Tratados de Córdoba que otorgaban a México su Independencia. La larga lucha llegaba a su fin y a fines de agosto tenía lugar en Azcapotzalco el último combate entre españoles y mexicanos. El 27 de septiembre el Ejército Trigarante hizo su entrada en la capital entre la alegría de la población y el 28 de septiembre se proclamó formalmente la Independencia de México.

Las palabras finales de Iturbide eran una esperanza, pero al mismo tiempo una advertencia: “Mexicanos: ya estáis en el caso de saludar a la patria independiente como os anuncié en Iguala. Ya sabéis el modo de ser libres; a vosotros toca señalar el modo de ser felices...”²¹

La nación mexicana, que comenzó a formarse en el siglo xvi, tuvo su siglo de oro en el xvii y se consolidó con gran opulencia en el xviii, inicia su vida como estado independiente en el siglo xix. En un devenir azaroso, transitaría en el siglo xix por caminos fragorosos, luchas fratricidas, cuartelazos e invasiones. Después de una larga dictadura y atravesar una espantosa

²¹ Citado por Josefina Z. Vázquez, *La antorcha encendida*, t. VI, *La Patria Independiente*, Clío, México, 1997, p. 49.

revolución con más de un millón de muertos, desembocaría en un sistema de partido hegemónico que dominaría siete décadas del siglo xx.

A dos siglos del inicio de nuestra Independencia, en plena transición, los mexicanos tenemos la oportunidad histórica de consolidar nuestra democracia y construir un futuro próspero no mediante la guerra y el conflicto, sino mediante reformas pacíficas por vías institucionales.

Como lo expresa elocuentemente la historiadora Guadalupe Jiménez Codinach, coordinadora de la magna obra: *México, su tiempo de nacer*, que aunó exposición, congreso académico y libro auspiciados por la Fundación Cultural Banamex en 1997:

A México le había llegado su tiempo de nacer y lo hizo en forma dolorosa: de 1810 a 1821 la nación sufrió unas 844 acciones de guerra y murieron entre seiscientos mil y un millón de personas. El país fue devastado, la población sufrió padecimientos sin fin, los pueblos y familias se dividieron, los ejes de la vida novohispana, el trono y el altar, se dislocaron para siempre. La Independencia, sin embargo, se ha logrado mantener a pesar de tropiezos sin fin. México y los mexicanos tenemos que aprender a defender nuestra soberanía y a la vez encontrar el modo de ser felices a nuestros compatriotas, como aquel dichoso 27 de septiembre de 1821...".²²

Bibliografía

Ávila, Alfredo y Virgina Guedea, 2007, *La Independencia de México: temas e interpretaciones recientes*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México.

Alamán, Lucas, 1989, *Historia de México*, tomos I y IV, Jus, México.

Alatorre, Antonio, 2001, *Los mil un años de la lengua española*, FCE.

Brading, David, 1997, *La antorcha encendida. Apogeo y derrumbe del imperio español*, Clío.

—, *Orbe indiano*, 1985, FCE, México.

Del Arenal, Jaime, 2003, *Iturbide*, Océano, México, 195 p.

Florescano, Enrique y Rafael Rojas, 1997, *La antorcha encendida. El ocaso de la Nueva España*, Clío, México.

Fuentes, Carlos, 1992, *El espejo enterrado*, FCE, México.

Leonard, Irving, 1984, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora*, FCE, México.

León Portilla, Miguel, 1989, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, FCE, México.

—, 1978, *Visión de los vencidos*, UNAM, México.

Liceaga, José María, 1985, *Adiciones y rectificaciones a la historia de Lucas Alamán*, INHERM, México.

²² Guadalupe Jiménez y Gustavo Curiel, op. cit., p. 281.

- Meyer, Jean, 1997, *La antorcha encendida*, t. III *Hidalgo*, Clío, México.
- Nebel, Richard, 1996, *Santa María Tonantzin Virgen de Guadalupe*, FCE, México.
- Paz, Octavio, 1996, *Claridad errante. Poesía y prosa*, FCE, México.
- Powell, Phillip, 1983, *La guerra chichimeca*, FCE, México.
- Reyes, Alfonso, 1966, *Letras de la Nueva España*, FCE, México.
- Ricard, Robert, 1993, *La conquista espiritual de México*, FCE, México.
- Soustelle, Jacques, 1995, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, FCE, México.
- Thomas, Hugo, 1994, *La conquista de México*, Patria, México.
- Vasconcelos, José, 1998, *La raza cósmica*, Porrúa, México.
- Vázquez, Josefina Z., 1997, *La antorcha encendida. La patria independiente*, Clío, México.
- Villalpando, José Manuel, 1997, *La antorcha encendida. En pie de guerra*, Clío, México.
- Villoro, Luis, 1994, "La Independencia de México", en *Historia General de México*, t. I, FCE, México.